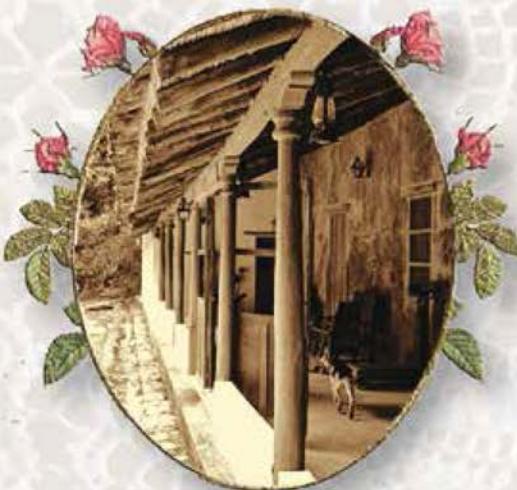


Ilustrado por Lilian Maa'Dhoor y Peli



*Dos historias
de Blanca Margarita
y María Cecilia*

Testimonio recogido por **Antonio Trujillo**

*Dos historias
de Blanca Margarita
y María Cecilia*

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
© Antonio Trujillo

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas-Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web
wwwelperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: [@perroyrana](https://twitter.com/elperoyrana)
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Ilustraciones
© Lilian Maa'Dhoor y Peli

Diseño de portada
© Lilian Maa'Dhoor y Peli

Diagramación
Jenny Blanco

Edición y corrección
Yanuva León

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002991
ISBN 978-980-14-4083-3

Ilustrado por Lilian Maa'Dhoor y Peli

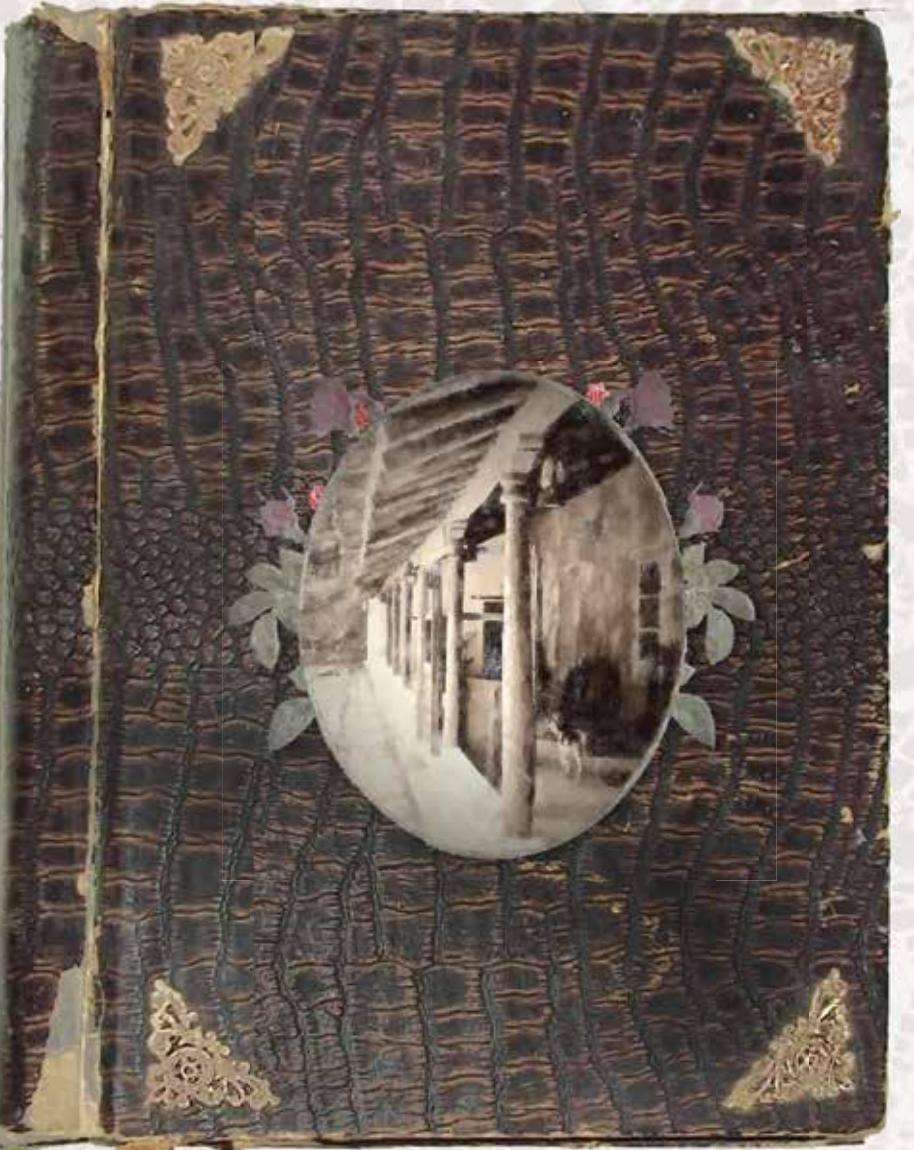


Dos historias de Blanca Margarita y María Cecilia

Testimonio recogido por **Antonio Trujillo**

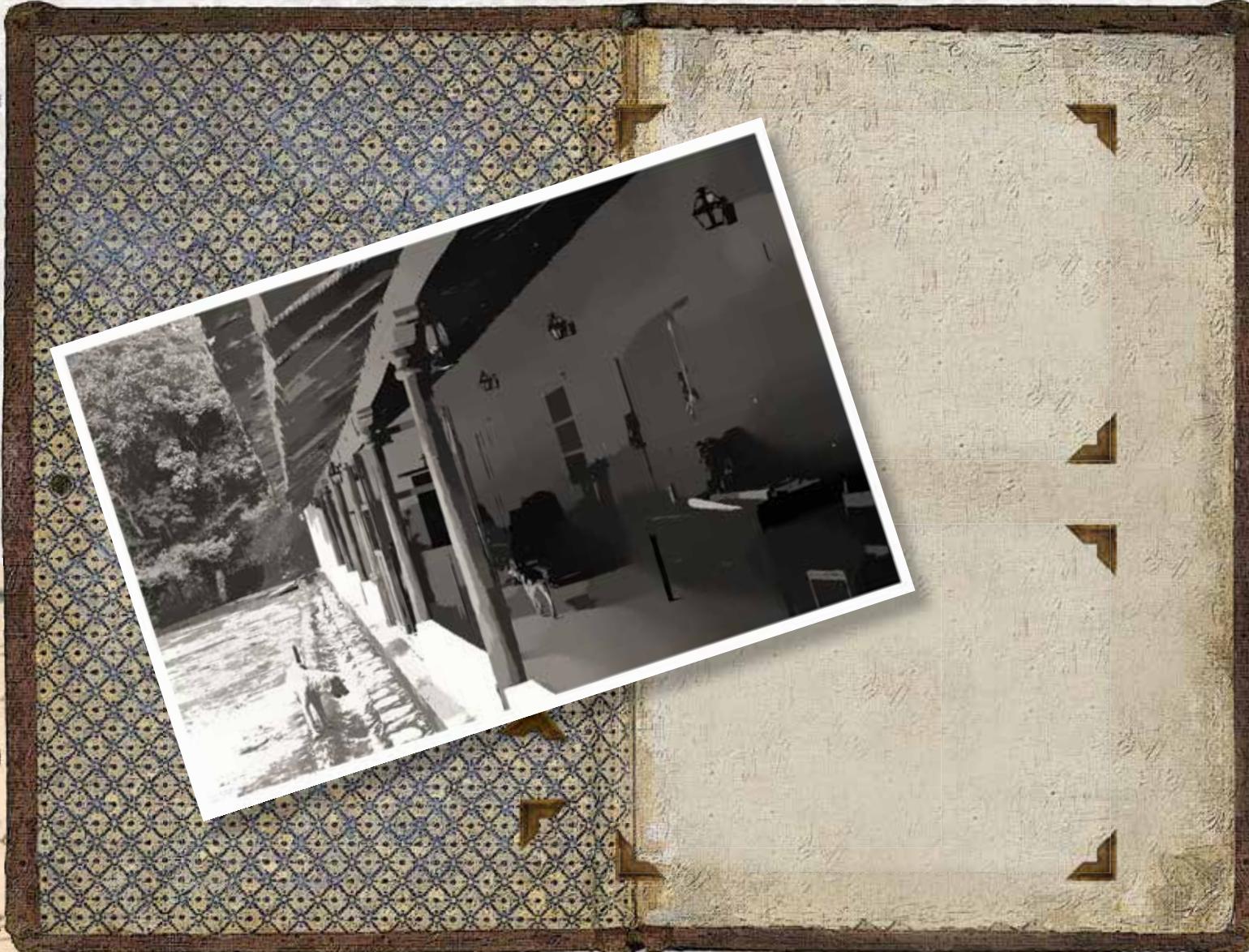
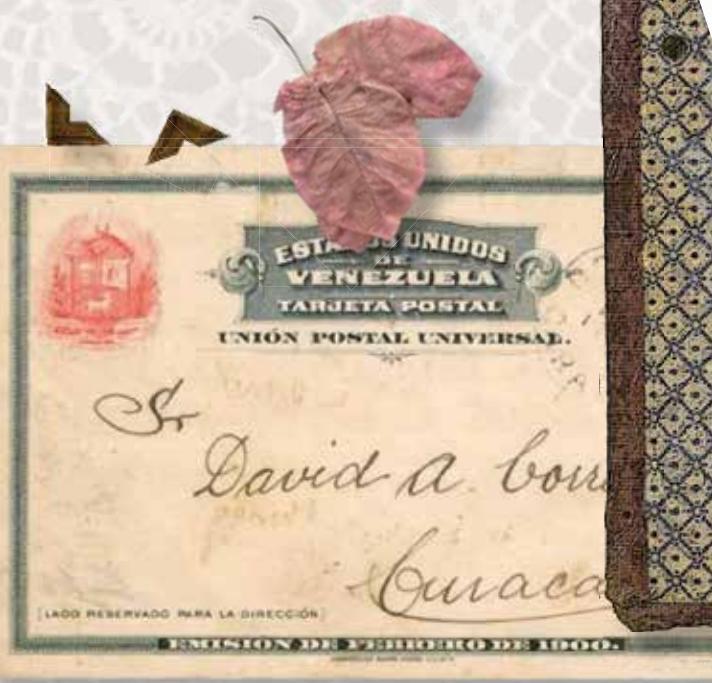
INTRODUCCIÓN

El testimonio de las hermanas Blanca Margarita y María Cecilia Cartaya González, comuneras nativas de San Antonio de los Altos, conmueve por muchas razones, entre ellas, la de oír a través de la inocencia, cómo el capitalismo puede hundir de la noche a la mañana un mundo armonioso, para convertir toda una región en este gran centro de comercio y colas asfixiantes, ajena a la vida, donde hoy no se lava el café de antaño, sino el interés que nos aleja cada día de nuestra identidad. La casa donde nacen estas voces fue propiedad de doña Margarita Sanojo, madre de los hermanos Salias, guerreros y mártires de la Guerra de Independencia. Esta antigua hacienda se reconoce como un posible lugar del nacimiento de la letra de nuestro Himno Nacional.



Nosotras nacimos en otra hacienda, allá más abajo de El Faro en la hacienda Las Margaritas, después papá compró esta finca. Yo tenía como siete años cuando eso. Y estaba la casa ahí que habían dejado los hermanos Salias, entonces aquí vivimos dieciséis años. Papá vendió la finca y nos fuimos a vivir a los Jardines de El Valle. Esa casa de aquí era inmensa, tenía como cuatro habitaciones y un corredor inmenso, su sala grande, las puertas también eran inmensas, unas puertas de cuando los españoles. Vicente Salias fue uno de los que hizo el Himno Nacional, era hermano de Francisco Salias que estuvo en eso del 19 de Abril. Era la casa de ellos, de Francisco y Vicente Salias. Pero después de ellos vivieron muchas familias ahí. La última familia que vivimos fuimos nosotros. Después a papá se le metió en la cabeza vender, pobrecito, ya no podía sembrar ni nada, y después que nosotros nos fuimos, tumbaron la casa y todo. Esa casa no debieron haberla tumbado nunca, porque figúrate, esa casa era un recuerdo para el estado Miranda, figúrate esa casa.

Cuando hubo lo del 19 de Abril salió de aquí Francisco Salias, dicen que salió de aquí el 18 porque eso era caminando que salían para Caracas y estuvo en la broma de Caracas cuando Emparan quería que gobernáramos los de aquí, y el Padre le dijo al pueblo que dijera que no a los que estaban dominando, él estaba ahí en eso.



Donde tú ves los edificios de la urbanización Las Salias, esas eran las vegas donde trabajaba papá, eso eran veguitas donde sembraba papá. Sembraba repollo, coliflor, papas, lechuga, de eso es que vivíamos; papá nos mantenía a nosotros de las siembras que hacía en esas vegas. Eso eran unas veguitas. Después de que aplanaron eso fue lo que vimos ese poco de edificios y nosotros dijimos: "¡Dios mío! ¿Qué es eso?". ¡Cómo era posible que nosotros teníamos tanto terreno y no nos dimos cuenta del terrenaje que teníamos! Cuando eso todo era barato.

Para ir a San Antonio, media hora, cuando íbamos a misa por el camino de Las Salias; arriba salíamos al camino real. Esa carretera que da hacia El Faro era el camino real, era puro camino de tierra, y puro camino angostico. Nosotros íbamos a procesiones, a misa, a todo íbamos caminando. Papá tenía sus burros para hacer cualquier diligencia, carro no había. Para ir a Caracas era por la bajada de Las Piedras en El Cují. Por ahí se llegaba a Turmerito y de ahí seguía uno para Caracas a la diligencia que uno fuera a hacer. Papá llevaba su carga de café, porque la hacienda La Margarita producía mucho café; lo sacaban en burro por la bajada de Las Piedras, y después se iban hasta el Prado de María. Allá descargaban el café, lo llevaban en



burro y en mulas a los almacenes. Manuel Antonio Hernández era uno que tenía almacenes de café. Él era de Caracas.

La casa de nosotros la tuvimos levantada mientras vivíamos ahí, la teníamos hasta bonita, la pintábamos y todo. Había una ventana en la sala, una ventana así larga, de madera, el quicio de abajo era como raro, como con hendijitas así, y nosotros decíamos: ¿Por qué harían eso así? Y duramos dieciséis años con esa ventana así. Al nosotros irnos, se metió un italiano ahí, se llamaba Genaro y dicen que Genaro se encontró un tesoro en esa ventana, un tesoro que habían dejado los españoles. Vivieron tantas familias y ninguna pensó en quitar esa tabla. Llegó ese italiano y puso una pollera y nosotros nos fuimos y dicen que sacó ese tesoro.

Papá después se puso a buscar, hasta buscamos un señor que tenía una cosa que cuando sentía metal, la máquina piaba. ¡Y qué va! Una vez pió y era un pedazo de hierro.

Y papá jurungando hizo desbaratar el piso, a ver si encontraba dinero, porque dicen que eran puras morocotas de oro.



Nosotros pilábamos el café, no lo comprábamos, el que se tomaba era de la hacienda. Un hermano mío, él murió ya, decía que se oía un caballo que pasaba por detrás de la casa y se le oían unas cadenas.

Antes no había luz, ni había agua en la casa; nosotros teníamos que cargar el agua de abajo, de la huertica aquella para empezar a subir, había un naciente arriba, en la montañita esa que hay arriba, había un naciente y ahí es que agarrábamos el agua, un agua pura, figúrate, y cargábamos el agua para la casa, y la luz era puras velas y lamparitas de kerosén. Con eso nos alumbrábamos. Poníamos fiestas y alumbrábamos todo a media luz y un día un señor le dice a papá: "Juan!, ¿por qué tú no te compras una plantica para alumbrar?", y papá la compró. Ese día fue un día de fiesta para nosotros. Papá puso la luz en la casa. Nosotras éramos ya unas señoritas y nos alumbrábamos con velas y cocinábamos con leña. Teníamos tres fogones, esos fogones hacían de todo.

En esa casa de los Salias todo era grande, inmenso, las puertas y las llaves también eran grandes.



Parteras

Olivia Monroy era de Pacheco y era partera, pero cuando nosotras nacimos era otra la de San Antonio, una señora llamada Delfina Chávez, ella era la que ayudaba a mamá, que tuvo once hijos en su cama y todos normal, no había nada de cesárea. Después llegó a San Antonio esa familia Biord y la mamá de don Raúl Biord era partera. Ella ayudó a mamá en un parto, misia Luisa Biord, ella también ayudó a mamá.

La hacienda la vendimos a un señor Montilla. Papá era un hombre que aprendió a hacer su firma y sacar sus cuentas con lo que mamá le iba enseñando, papá era un hombre tan inteligente... si hubiera sabido leer, figúrate. A él lo nombraron una vez presidente de una cosa ahí en San Antonio de la comunidad y él atendió eso. Todo el mundo lo respetaba, eso era una maravilla. Y fue comisario, cuando eso lo nombraban comisario de los caseríos. Papá era valiente, cuando unos estaban peleando y veían a papá ya le tenían un respeto.

Pero cuando él vendió la casa tenía que ir a Los Teques para arreglar los documentos, y como papá no sabía leer le metieron la firma en una hipoteca de segundo grado y tenía que ser de primer grado. Ahí papá se echó una broma, no le terminaron de pagar las



cosas; él estuvo mal con esa venta que hizo; sufrieron mucho. Él vendió esta finca en 475 mil en el año 1957.

La gente llegaba y decía: “¡Ay!, esta casa fue de los Salias”, pero nadie le dio importancia a esa casa. Esa casa la hubieran cuidado y la tuvieran ahí, sería para los turistas, figúrese, y para los muchachos de escuela, decirle a los muchachos: “Miren lo que dejaron los Salias”.

La casa quedaba como en el segundo edificio donde está la urbanización, cuando vayamos pa’llá yo te puedo decir, donde rebajaron el cerro quedaba la casa. Hacia atrás de la loma aquella, allá es el terreno donde estaba la casa, se partía por una veguita y una fuente de agua, no había nada casi de separación. El techo era de tejas y por debajo era así de cañitas y las paredes eran de tierra. Baño no tenía, eso era afuera, así se usaba antes. Después de la casa había una llanura, que nosotros le decíamos la huerta y allí sembraron tres cipreses que ya estaban viejos, tienen que haber sido sembrados por ellos.

Cuando nosotros llegamos ya estaban negritos de viejitos, eran tres cipreses, eran como un recuerdo, y papá nunca los tumbó. Después vinieron los edificios: da lástima todo eso ¿verdad? Allá

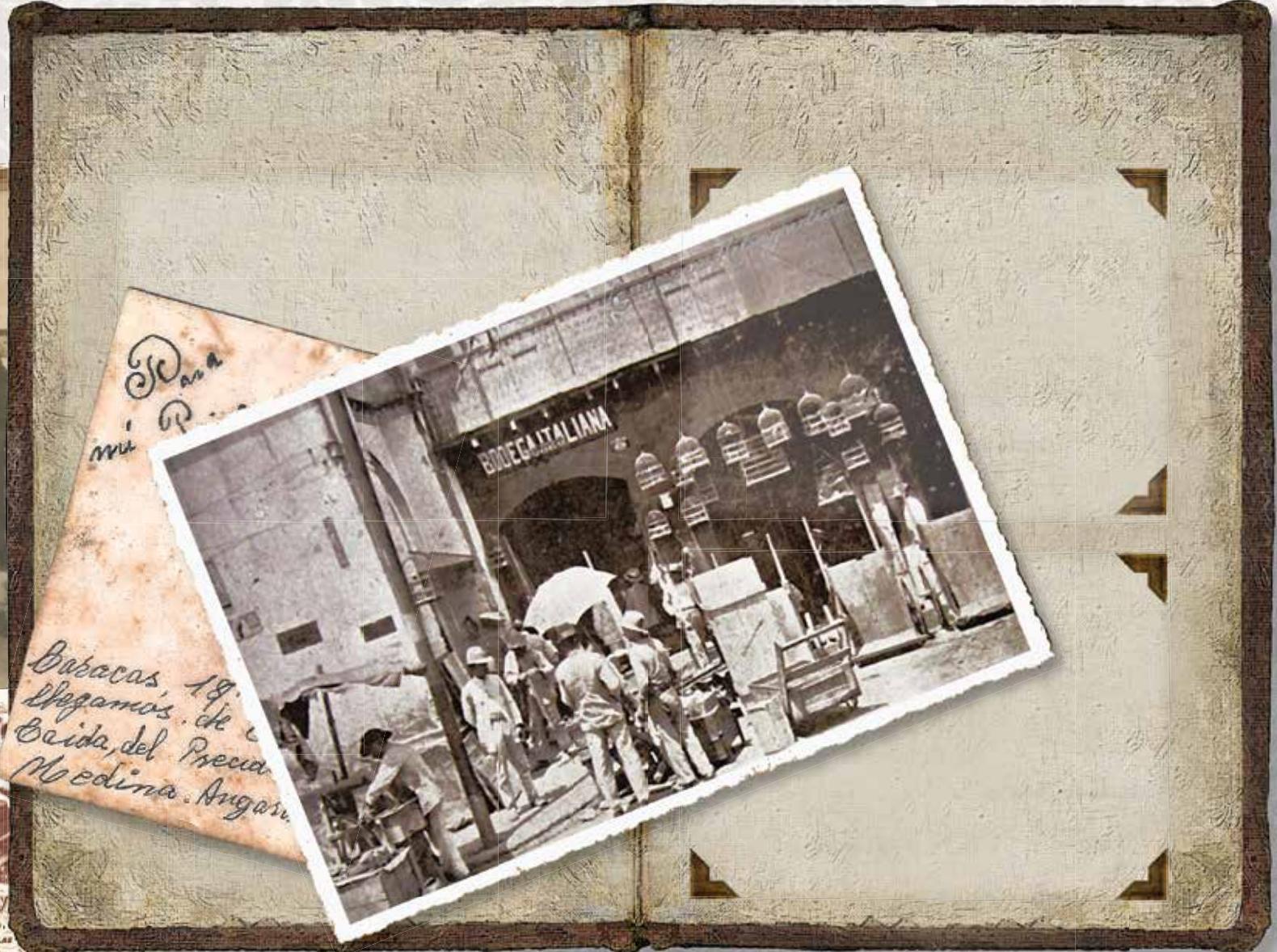


arriba, en la entrada había dos pilares y en uno decía: "Hacienda Las Salias". Propiedad que fue del eminentе patrіo Francisco Antonio Salias quien se ausentó de ella el 18 de abril de 1810. Decía la placa, y eso lo tumbaron también, esa placa se la llevaron, ya nosotros nos habíamos ido de aquí cuando tumbaron todo, eso también era un recuerdo.

Del colegio traían a los muchachos a ver la casa de Francisco y Vicente Salias. Yo recuerdo al profesor García, Gustavo Avendaño, Carlos Santana. Venían a que los muchachos vieran y le decían la historia. Antes todo era muy simple, no le daban esa importancia, y las cosas funcionaban. Este muchacho Vidal González le hizo una canción a los Salias, bien bonita. Esa es la casa yo creo de más valor de aquí de San Antonio.

Esos fueron unos grandes hombres. Nombraban a ellos dos nada más, pero eran más hermanos y hermanas. Era una familia grande y esos hombres murieron por una causa tan grande.

Aquí había una tradición del niño Jesús, el niño Jesús lo traían en noviembre a recorrer todas las casas del vecindario, pasaba por Figueroa y después venía por aquí. Cuando el niño Jesús llegaba



a una casa nos invitaban para que fuéramos a cantar aguinaldos. El niño salía a recoger, le traían su cofre con su llave para que uno le pusiera su limosna y eso era una fiesta que se hacía en la noche, cantábamos aguinaldos y así era en todas partes, llevaban al niño Jesús, pero ese mismo niño Jesús. Se jugaban juegos. Hablaban dos de los señores, uno decía:

De por allá abajo vengo,
de donde llama Camaguán
vengo que me vuelvo loco
por matar un animal.

Le ponían nombre animal a todas las personas, y decían: ¿Cuál animal será, compañero? Vamos a suponer que dijeron el cachicamo, y nombraban a la persona, y ese tenía que decir una poesía o algo, si no le quitaban una prenda, la cartera, cualquier cosa. Él tenía que decir una poesía para poder sacar su prenda y eso era una fiesta para nosotros.

Mi hermano Leopoldo era jovencito y tocaba mucho la guitarra y nosotras hacíamos panderetas con tapitas de cola, tapitas de refrescos, hacíamos cosas, matracas. Había veces que amanecíamos en los



velorios del niño Jesús, nos daban café, galletas y guarapitas. Era muy bonito. Hasta el veintitrés iban llevando al niño un día antes de la Noche Buena.

La abuelita de Vidal era quien se encargaba de esas cosas. Era una alegría todo.

Rezábamos el “Trisagio” para aplacar la tempestad, eso era una cosa como el rosario y mamá todas las noches nos reunía y rezábamos el rosario. Mamaíta era muy católica; ellos nos enseñaron mucho la religión, esa era una costumbre de aquí de San Antonio.

No había gente extraña, en ese tiempo no era nada más que el pueblecito y los vecindarios. Nos encontrábamos en la iglesia y todos nos reuníamos en el Año Nuevo; todo era una familia, el Pacheco, Figueroa, el Cují, las Minas, el Amarillo, todos los vecinos de todas esas partes que nos reuníamos toítos en San Antonio en las Navidades.





Antonio Trujillo (Miranda, 1957)

Artesano y poeta, cronista oficial del municipio Los Salias, San Antonio de los Altos, estado Miranda. Director-fundador de la revista literaria *Trapos y Helechos*. Ha publicado los poemarios *De cuando vivían los pájaros* (1984); *De cuando vivían los pájaros y otros poemas*, (1990), *Vientre de árboles* (1996); *Taller de cedro* (1998); entre otros. También es autor del cuaderno de historia regional *Guaima, San Antonio de los Altos* (1992) y de *Testimonios de la niebla, voces de los altos mirandinos* (2001).



EDICIÓN DIGITAL
diciembre de 2017
Caracas - Venezuela

DOS HISTORIAS DE BLANCA MARGARITA Y MARÍA CECILIA

Álbum de fotos

Para hacer el álbum necesitarás una tijera y pega. Recorta todas las piezas.

Tapas del álbum: 1) Pega la portada (A) con el reverso (B); 2) Haz los dos dobleces siguiendo la línea de puntos (fig. 1)

Acordeón: 1) Dobla la pestaña (C) hacia abajo. Luego sigue haciendo los dobleces hacia arriba y abajo como un acordeón o abanico (fig. 2); 2)

Pega la pestaña (C) al reverso de la portada en el espacio indicado (fig. 3); 3) Dobla bien el acordeón y cierra la tapa del álbum (fig. 4)

fig. 1

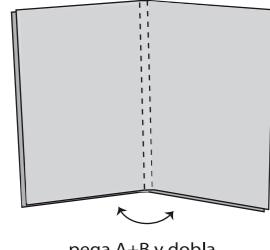


fig. 2

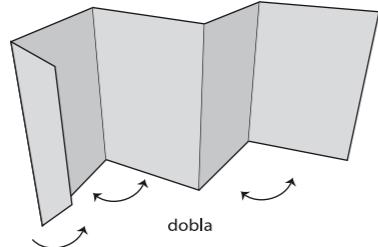


fig. 3

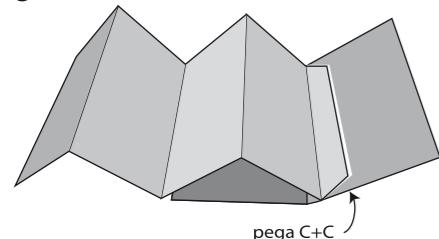
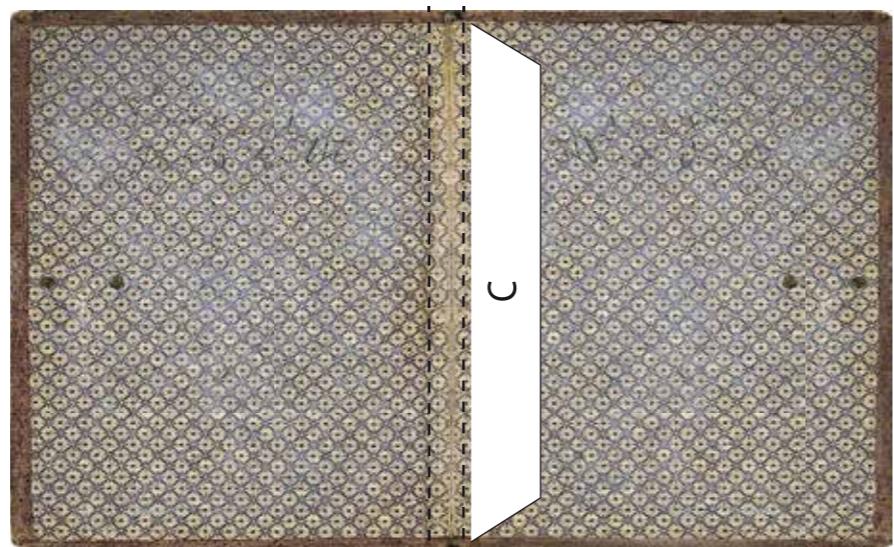
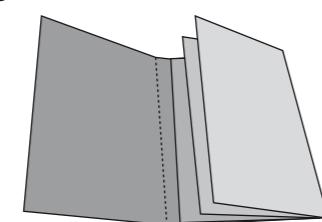
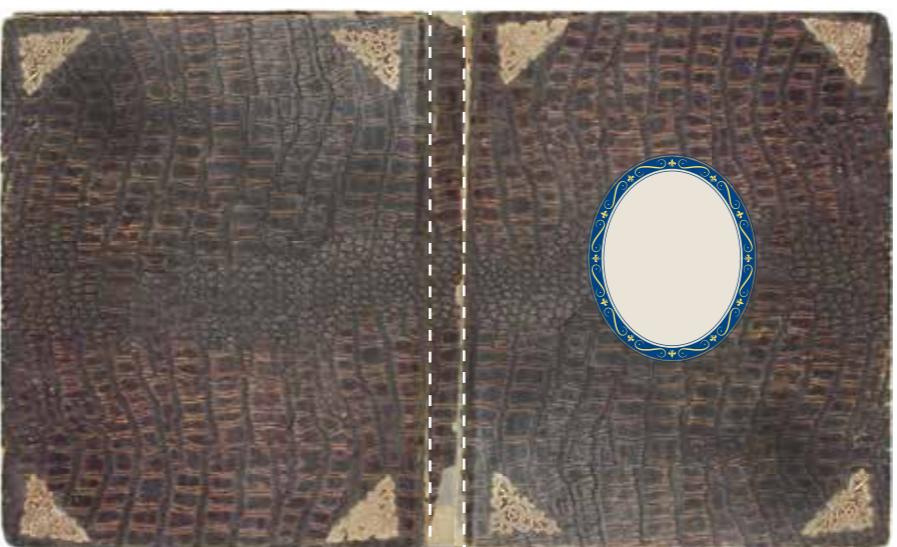


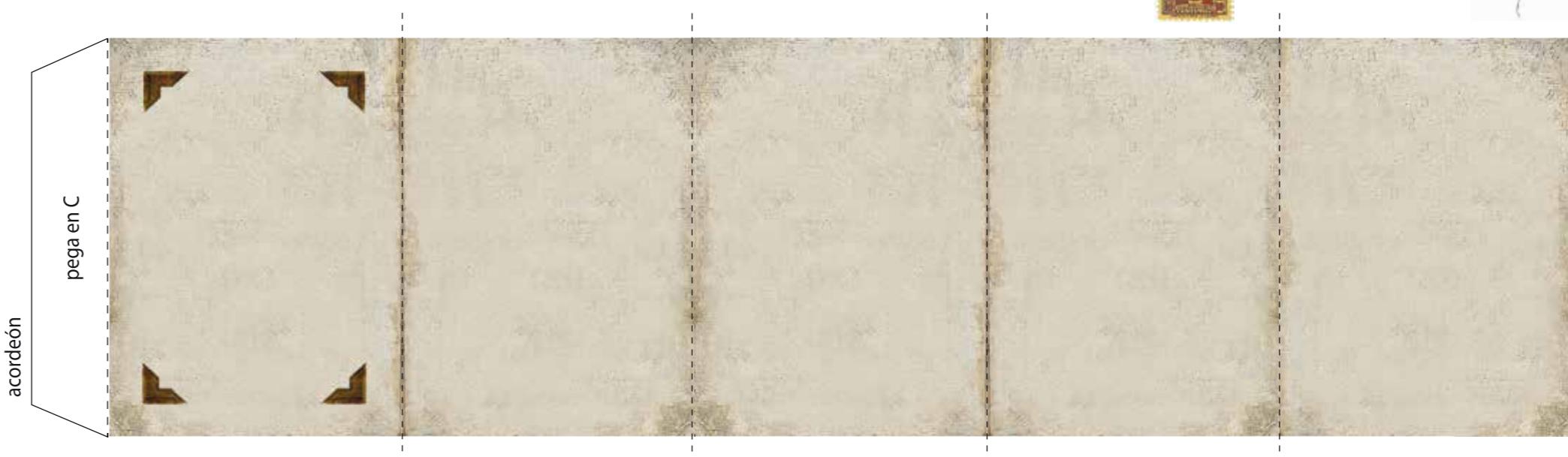
fig. 4



B reverso de portada y contraportada



A portada



Mucho antes de que existiera la informática y con ella las computadoras, las cámaras digitales, los celulares, etc., no eran muchas las personas que tenían cámaras fotográficas porque resultaban muy costosas, así como el revelado y la impresión del negativo en el papel. De manera que, cuando una persona tenía una foto la guardaba como un verdadero tesoro. Los álbumes aparecieron como depositarios de esos tesoros que a veces iban acompañados de algún otro añorado recuerdo, como flores disecadas, cartas, estampillas, dibujos y todo aquello valioso para el corazón.

Para completar tu álbum puedes imprimir fotos que deseas conservar o también dibujar escenas o personas en un papel aparte, luego recortarlas y pegarlas en tu álbum como si fueran fotos.



Cuentos para jugar

El águila y la culebra Jacqueline Clarac de Briceño

Dos historias de Blanca Margarita y María Cecilia Antonio Trujillo

Un cuento para Manuel Alfredo Maneiro

Caliebirri-Nae Cudeido Relatado por Luis Blanco

Nocturno en el balcón Luiz Carlos Neves

La vida secreta de abuela Margarita Laura Antillano

El dinosaurio azul Orlando Araujo

Piapoco Fanny Uzcátegui

Chocolate Armando José Sequera

Un dragón y otros poemas Poesía venezolana

9 789801 434474



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

